

Lazarillo de Tormes

Anónimo

Edición de Amparo Medina-Bocos

ÍNDICE

9 **Introducción**

- 9 España a mediados del siglo XVI
- 11 Una curiosa novela que habla de la realidad
- 13 Estructura y contenido del *Lazarillo*. Los amos de Lázaro
- 16 Tiempo y espacio en la novela
- 18 El «grosero estilo». La lengua del *Lazarillo*
- 20 Una novela de crítica social que explica su anonimato
- 22 La descendencia del *Lazarillo*. La novela picaresca
- 24 Esta edición. Una invitación a la lectura

27 **Lazarillo de Tormes**

- 29 Prólogo
- 31 Tratado primero. Cuenta Lázaro su vida y cuyo hijo fue
- 49 Tratado segundo. Cómo Lázaro se asentó con un clérigo
y de las cosas que con él pasó
- 63 Tratado tercero. Cómo Lázaro se asentó con un escudero,
y de lo que le acaeció con él
- 85 Tratado cuarto. Cómo Lázaro se asentó con un fraile de la
Merced, y de lo que le acaeció con él

- 87 Tratado quinto. Cómo Lázaro se asentó con un buldero,
y de las cosas que con él pasó
- 99 Tratado sexto. Cómo Lázaro se asentó con un capellán,
y lo que con él pasó
- 101 Tratado séptimo. Cómo Lázaro se asentó con un alguacil
y de lo que le acaeció con él

105 **Después de la lectura**

- 105 Pensar, recrear, relacionar...

INTRODUCCIÓN

En 1554 se publicó un libro distinto de lo que hasta entonces se venía escribiendo. Era una novelita corta, se titulaba *Vida de Lázaro de Tormes y de sus fortunas y adversidades*, contaba la vida de un pregonero de Toledo y aparecía sin el nombre de su autor. El enigma acerca de quién pudo ser su creador ha permanecido hasta hoy, pero, fuera quien fuera, probablemente nunca imaginó que su obra se convertiría en uno de los clásicos de nuestra literatura y que, andando el tiempo, iba a ser el modelo de un género novelesco típicamente español, la picaresca, que triunfaría en el siglo xvii. Las páginas que siguen tratan de dar algunas claves para la comprensión de la novela. Aunque seguramente ya conoces algunos datos acerca de la obra, no estará de más recordarlos, porque siempre es bueno, al empezar una aventura como es el leer, saber qué nos vamos a encontrar por el camino.

España a mediados del siglo xvi

En 1554, cuando apareció el *Lazarillo*, faltaban solo dos años para que Carlos I se retirase al Monasterio de Yuste tras dejar su extenso imperio en manos de su hijo, Felipe II. Bajo el reinado de ambos monarcas España conoció una época de esplendor político, militar y también cultural. Fruto de la política matrimonial llevada a cabo por los Reyes Católicos, su nieto Carlos tuvo a su cargo el go-

bierno de extensos territorios y así, durante el siglo xvi, España fue la primera potencia occidental. La América descubierta en 1492 no solo amplió los límites del imperio, sino que se convirtió en una gran fuente de riqueza. Pero lo que pudo ser una ocasión para la transformación del país —consolidación de la incipiente burguesía, creación de las bases para la industrialización— se quedó en una simple posibilidad no aprovechada. Convertido en defensor de la cristiandad, Carlos I de España y V de Alemania tuvo que afrontar costosas campañas contra los protestantes en Alemania y en los Países Bajos, y la deuda contraída con los banqueros alemanes e italianos acabó por asfixiar la economía del Imperio. El oro y la plata que llegaban en los galeones procedentes de América solo sirvieron para financiar las campañas bélicas en distintos frentes (Francia, Alemania y los Países Bajos, los turcos, en algún momento incluso el papado) y para provocar una gran subida de precios que acabó arruinando al país: Felipe II, continuador de la política imperial de su padre, se vio obligado a declarar en varias ocasiones la bancarrota, esto es, la quiebra de las finanzas del Estado.

Tras las victorias militares y políticas y tras una apariencia de esplendor se escondía una realidad de hambre y miseria que afectaba a grandes capas de la población. Contribuyeron a ello diversos factores entre los que cabe destacar, junto a los ya señalados, la despoblación del campo en un país fundamentalmente agrícola, la emigración a América, el regreso de muchos soldados incapacitados para el trabajo y la existencia de amplios sectores de población no productiva —eclesiásticos por un lado, y nobles que despreciaban el trabajo, pero daban un gran importancia a la honra y a las apariencias, por otro—. El conflicto entre cristianos viejos, sin ascendencia judía ni musulmana, y cristianos nuevos o «conversos», recientemente bautizados, se agravó a lo largo del siglo xvi. La Inquisición, creada por los Reyes Católicos, trabajó activamente en dos frentes distintos: el acoso incesante a los conversos y la persecución de cualquier asomo de ideas protestantes o que pudieran estar emparentadas con ellas.

En medio de esta compleja y conflictiva realidad sociopolítica, se abre paso el Humanismo, un movimiento de recuperación de la cultura clásica grecolatina surgido en Italia y que fue el origen del Renacimiento. La cultura teocéntrica que había sido dominante du-

rante la Edad Media se sustituye por una concepción antropocéntrica en la que el hombre es el centro del universo, y si antes el mundo se consideraba como un «valle de lágrimas», un lugar de paso para alcanzar la vida eterna, el Renacimiento valora el mundo en sí mismo como algo digno de ser gozado. La separación entre lo natural y lo sobrenatural, inexistente en la época medieval, es ahora clara y tiene su reflejo en la literatura. Así, junto a obras de contenido religioso aparecen otras claramente profanas. En el Renacimiento el modelo de hombre perfecto, que sustituye al «héroe» medieval, coincide con el descrito por Baltasar de Castiglione en *El cortesano*: diestro en el manejo de las armas y a la vez conocedor y cultivador de las letras, culto y sensible, refinado y elegante.

La idealización de la naturaleza, el gusto por el equilibrio, la armonía y la naturalidad son elementos que definen la cultura y el arte de la primera mitad del siglo xvi. El ideal de estilo renacentista queda resumido en una afirmación que Juan de Valdés, uno de los grandes humanistas españoles, incluye en su *Diálogo de la lengua*, el primer libro escrito en español para hablar del español. Escribe Valdés: «El estilo que tengo me es natural y, sin afectación ninguna, escribo como hablo». Se asiste asimismo a un proceso de dignificación de las lenguas nacionales —del que es buena muestra el libro de Juan de Valdés— y es creciente el interés por las manifestaciones del habla y la cultura popular (romances, lírica tradicional, colecciones de refranes...) que empiezan a recogerse por escrito desde finales del siglo xv.

Una curiosa novela que habla de la realidad

En la primera mitad del siglo xvi, la difusión de la literatura se vio ampliada gracias a la invención de la imprenta, que había llegado a España a fines de la centuria anterior. Garcilaso de la Vega, muerto en 1536 y encarnación perfecta del «cortesano», había introducido en la lírica española el endecasílabo italiano y, con él, nuevos temas que serían una constante en la lírica posterior: el amor entendido a la manera de Petrarca, la naturaleza y la mitología. Pero quizá el fenómeno cultural y literario más significativo del momento era el éxito

indiscutible de las *novelas de caballerías*, que gustaban por igual a letrados e iletrados, aunque tuvieron también sus detractores entre ciertos intelectuales y no pocos moralistas. Derivadas de los antiguos cantares de gesta, se relataban en estas novelas las fantásticas e inverosímiles aventuras llevadas a cabo por caballeros imaginarios, que luchaban por instaurar la justicia en el mundo y por hacerse mercedores del amor de una dama.

La *novela sentimental*, aparecida en el siglo xv, siguió cultivándose también en la centuria siguiente. Relato de amores no correspondidos, se analizan en ella minuciosamente las vivencias de ese amor que causa la desesperación del enamorado. Pero a mediados de siglo xvi, nuevos subgéneros amplían el panorama novelesco:

- la *novela pastoril*, de origen italiano e iniciada en nuestro país en 1559 con *Los siete libros de Diana*, de Jorge de Montemayor, está protagonizada por refinados pastores que, en medio de paisajes idealizados y bellísimos, viven experiencias de amores y desamores;
- la *novela morisca* cuenta ciertos episodios de las luchas fronterizas entre moros y cristianos, sin que falten en ella tampoco las peripecias de tipo amoroso.

Paralelamente, la historia nacional es narrada por los numerosos cronistas de Carlos V, y los historiadores de Indias relatan sus experiencias de la conquista de manera apasionada y subjetiva. La prosa conoce otras manifestaciones, como es el caso del diálogo renacentista en que varios personajes intercambian sus puntos de vista sobre un determinado tema.

Es en este ambiente cuando, en 1554, aparece simultáneamente —en Burgos, Alcalá y Amberes— la novela que nos ocupa, una novela ciertamente singular. Nunca hasta entonces se había visto que un personaje de baja extracción social contase su vida en primera persona. Y eso, entre otras cosas, es lo que ocurre en el *Lazarillo*. Su protagonista no es uno de los héroes al uso, sino un ejemplo claro de antihéroe; no hay en ella fabulosos lances contra enemigos igualmente fabulosos, sino una prosaica historia de supervivencia; tam-

Lazarillo de Tormes

PRÓLOGO

Yo por bien tengo que cosas tan señaladas y por ventura nunca oídas ni vistas vengan a noticia de muchos y no se entierren en la sepultura del olvido, pues podría ser que alguno que las lea halle algo que le agrade, y a los que no ahondaren tanto los deleite.

a este propósito dice Plinio que no hay libro, por malo que sea, que no tenga alguna cosa buena.

Mayormente que los gustos no son todos unos, mas lo que uno no come, otro se pierde por ello. Y así vemos cosas tenidas en poco de algunos, que de otros no lo son. Y esto para¹ que ninguna cosa se debería romper, ni echar a mal, si muy detestable no fuese, sino que a todos se comunicase, mayormente siendo sin perjuicio y pudiendo sacar de ella algún fruto.

Porque, si así no fuese, muy pocos escribirían para uno solo, pues no se hace sin trabajo, y quieren, ya que lo pasan, ser recompensados, no con dineros, mas con que vean y lean sus obras, y, si hay de qué, se las alaben. Y a este propósito dice Tulio: «La honra cría las artes».

¿Quién piensa que el soldado que es primero de la escala tiene más aborrecido el vivir? No, por cierto; mas el deseo de alabanza le hace ponerse al peligro.

Y, así, en las artes y letras es lo mismo. Predica muy bien el presentado² y es hombre que desea mucho el provecho de las áni-

¹ *para*: hace.

² *presentado*: teólogo que espera el grado de doctor.

mas; mas pregunten a su merced si le pesa cuando le dicen: «¡Oh, qué maravillosamente lo ha hecho vuestra reverencia!». Justó muy ruinmente el señor don Fulano, y dio el sayete de armas al truhán³ porque le loaba de haber llevado muy buenas lanzas: ¿qué hiciera si fuera verdad?

Y todo va de esta manera: que, confesando yo no ser más santo que mis vecinos, de esta nonada, que en este grosero estilo escribo, no me pesará que hayan parte y se huelguen con ello todos los que en ella algún gusto hallaren, y vean que vive un hombre con tantas fortunas, peligros y adversidades.

Suplico a Vuestra Merced reciba el pobre servicio de mano de quien lo hiciera más rico si su poder y deseo se conformaran. Y pues Vuestra Merced escribe se le escriba y relate el caso muy por extenso, parecióme no tomarle por el medio, sino del principio, porque se tenga entera noticia de mi persona, y también porque consideren los que heredaron nobles estados⁴ cuán poco se les debe, pues Fortuna fue con ellos parcial, y cuánto más hicieron los que, siéndoles contraria, con fuerza y maña remando, salieron a buen puerto.

³ *truhán*: el que divierte a los demás con burlas y embustes.

⁴ *nobles estados*: posición social elevada.

TRATADO PRIMERO

CUENTA LÁZARO SU VIDA Y CÚYO HIJO FUE¹

Pues sepa Vuestra Merced, ante todas cosas, que a mí llaman Lázaro de Tormes, hijo de Tomé González y de Antona Pérez, naturales de Tejares, aldea de Salamanca. Mi nacimiento fue dentro del río Tormes, por la cual causa tomé el sobrenombre; y fue de esta manera: mi padre, que Dios perdone, tenía cargo de proveer una molienda de una aceña² que está ribera de aquel río, en la cual fue molinero más de quince años; y estando mi madre una noche en la aceña, preñada de mí, tomóle el parto y parióme allí; de manera que con verdad me puedo decir nacido en el río.

Pues siendo yo niño de ocho años, achacaron a mi padre ciertas sangrías mal hechas en los costales de los que allí a moler venían, por lo cual fue preso, y confesó y no negó, y padeció persecución por justicia. Espero en Dios que está en la gloria, pues el Evangelio los llama bienaventurados. En este tiempo se hizo cierta armada contra moros, entre los cuales fue mi padre, que a la sazón estaba desterrado por el desastre ya dicho, con cargo de acemilero de un caballero que allá fue. Y con su señor, como leal criado, feneció su vida.

Mi viuda madre, como sin marido y sin abrigo se viese, determinó arrimarse a los buenos, por ser uno de ellos, y vínose a vivir a la ciudad, y alquiló una casilla, y metióse a guisar de comer a

¹ *cúyo hijo fue*: de quién fue hijo.

² *aceña*: molino harinero movido por agua.

ciertos estudiantes, y lavaba la ropa a ciertos mozos de caballos del comendador de la Magdalena; de manera que fue frecuentando las caballerizas.

Ella y un hombre moreno, de aquellos que las bestias curaban, vinieron en conocimiento³. Éste algunas veces se venía a nuestra casa y se iba a la mañana; otras veces, de día llegaba a la puerta, en achaque de comprar huevos, y entrábase en casa. Yo, al principio de su entrada, pesábame con él y habíale miedo, viendo el color y mal gesto que tenía; mas de que vi que con su venida mejoraba el comer, fuile queriendo bien, porque siempre traía pan, pedazos de carne, y en el invierno leños, a que nos calentábamos.

De manera que, continuando la posada y conversación, mi madre vino a darme un negrito muy bonito, el cual yo brincaba y ayudaba a calentar.

Y acuérdome que, estando el negro de mi padrastro trebejando⁴ con el mozuelo, como el niño veía a mi madre y a mí blancos, y a él no, huía de él, con miedo, para mi madre, y, señalando con el dedo, decía: «¡Madre, coco!». Respondió él riendo: «¡Hideputa!»⁵.

Yo, aunque bien muchacho, noté aquella palabra de mi hermanico y dije entre mí: «¡Cuántos debe de haber en el mundo que huyen de otros porque no se ven a sí mismos!».

Quiso nuestra fortuna que la conversación del Zaide, que así se llamaba, llegó a oídos del mayordomo, y, hecha pesquisa, hallóse que la mitad por medio de la cebada que para las bestias le daban hurtaba; y salvados, leña, almohazas, mandiles, y las man-

³ *vinieron en conocimiento*: se amancebaron. «Moreno» es un eufemismo por «negro».

⁴ *trebejando*: jugueteando.

⁵ Además de un insulto, esta exclamación podía tener un valor afectivo.

DESPUÉS DE LA LECTURA

Pensar, recrear, relacionar...

La historia de la literatura es una compleja red de relaciones que se establecen entre unos textos y otros, y que uno descubre a medida que va leyendo. Captar estas relaciones lleva su tiempo: es necesario haber leído mucho para poder reconocer lo que hay en algunos textos de otros textos anteriores. La realidad es que cuanto más se lee, más placer se encuentra en la lectura, sobre todo cuando se experimenta ese placer especial que proporciona el reconocimiento de algo ya sabido.

Pero ahora que has leído el *Lazarillo*, seguro que eres capaz de relacionar esta obra con otros textos literarios, bien sea porque presentan situaciones similares, o porque recrean algún pasaje de la novela, o porque imitan su estilo. Esto es lo que te proponemos en primer lugar: que descubras lo que unos textos literarios tienen en común con otros.

1. El final de la infancia

Aquí tienes un fragmento de *El camino*, la novela que Miguel Delibes escribió en 1950 y que cuenta una historia aparentemente sencilla: la de un chico de once años llamado Daniel, el Mochuelo, que, la noche antes de irse a la ciudad para estudiar, recuerda su vida en el pueblo y todas las aventuras que ha vivido con sus amigos Roque, el Moñigo, y Germán, el Tiñoso.

El camino, como el *Lazarillo*, es una novela de formación. Los recuerdos de Daniel permiten ver cómo el niño, a pesar de su corta edad, ha ido aprendiendo lo que es el misterio de la vida, el amor y la muerte. Pero, de entre todas las vivencias de Daniel, la que más le ha marcado es la experiencia de la pérdida de un amigo. Tras la muerte de Germán, el Tiñoso, estas son las reflexiones de Daniel:

Él pensaba que Roque, el Moñigo, y Germán, el Tiñoso, se sentirían muy solos cuando él se fuera a la ciudad a progresar, y ahora resultaba que el que se sentía solo, espantosamente solo, era él y sólo él. Algo se marchitó de repente muy dentro de su ser: quizá la fe en la perennidad de la infancia.

- Relee el pasaje en que Lázaro sale de Salamanca con el ciego. En este caso el niño acaba de sentir un fuerte dolor físico y también hace sus reflexiones. ¿Observas alguna semejanza entre las dos situaciones? ¿Qué sentimiento experimentan tanto Daniel como Lázaro de Tormes? ¿Qué perciben ambos en ese momento?

- ¿Te atreves a escribir sobre algún hecho de tu vida que haya supuesto para ti el final de la infancia?

2. Recrear un texto

José Martínez Ruiz, *Azorín*, un escritor perteneciente a la Generación del 98, incluyó el pasaje que sigue en su libro *Castilla* (1912). Léelo atentamente. Seguro que sabes de qué y de quién habla. Observa el estilo: fíjate bien en la cantidad de adjetivos que emplea *Azorín*, en el uso que hace del presente histórico, en la minuciosidad con que describe cada movimiento, en la atención que presta a los sentimientos del muchacho.

(...) Por la mañana, a mediodía y al ocaso, resuenan leves pisadas en el piso bajo. Hablan un hidalgo y un mozuelo. El hidalgo se halla sentado en un poyo del patio; el mozuelo, frente a él, va comiendo unos mendrugos de pan que ha sacado del seno. Tanta es la avidez con que el rapaz yanta, que el hidalgo sonrío y le pregunta si tan sabroso, tan exquisito es el pan que come. Asegura el muchacho que de veras tales mendrugos son excelentes, y entonces el hidalgo, sonriendo, como por broma —mientras hay una inenarrable amargura allá en lo más íntimo de su ser—, le toma un mendrugo al muchachillo y comienza a comer.

Ya las campanas de la catedral han dejado caer sobre la vieja y noble ciudad las sonoras, lentas campanadas del mediodía. Todo es silencio y paz; en el patio, allá en lo alto, entre las cuatro nítidas paredes, fulge un pedazo de intenso cielo azul. Viene de las callejas el grito lejano de un vendedor; torna luego, más denso, más profundo, el reposo. El hidalgo, a media tarde, se ciñe el talabarte, se coloca sobre los hombros la capa y abre la puerta. Antes ha sacado la espada —una fina, centelleante, ondulante espada toledana— y la ha hecho vibrar en el aire, ante los ojos asombrados, admirativos del mozuelo. Cuando nuestro hidalgo se pone en el umbral, se planta la mano derecha en la cadera y con la siniestra puesta en el puño de la espada, comienza a andar, reposada y airosamente, calle arriba. Los ojos del mozuelo le siguen hasta que desaparece por la esquina; este rapaz siente por su señor un profundo cariño. Sí, él sabe que es pobre; pero sabe